La manera mas discreta y agradable de hacer el estilo sentencioso, sin taracearle con sentencias, y de enseñar sin dogmatizar, consiste en saberlas refundir ó incorporar en el molde del período, haciendo desaparecer su forma y estructura particular, como de piezas sobrepuestas, sin que pierdan su espíritu y sentido, y contrayendo lo general y especulativo de su doctrina á los egemplos prácticos de personas ú hechos particulares. Por este medio la elocuencia campéa sin el sobrecejo de tanta filosofía, y el estilo corre fluido y grave al mismo tiempo, como se verá en los egemplos siguientes.

En elogio de un sabio profesor de jurisprudencia dice un elocuente escritor: *Nuestro doctor obtuvo una cátedra de jurisprudencia, cuyo cargo desempeñó como hombre que no la habia solicitado.* En esta oracion está refundida esta sentencia. *Porque los que solicitan los empleos suelen ser los menos idóneos.* Pero de esta espresion vaga y general solo sacó el autor el pensamiento. — De cierto gran Señor dice tambien el mismo; *Fué muy poderoso para no ser adulado, y aborrecido.* No habia querido decir en su forma natural esta máxima: *El demasiado poder engendra adulacion y odio.*

Hablando un orador en elogio de un sabio, añade: *Debió á la fortuna un nuevo favor para ser hombre grande, habiendo nacido pobre.* En esta oracion esta embebida esta seca y sencilla sentencia: *La pobreza hace grandes á muchos hombres.* — Dice otro orador en elogio de un alto Magistrado, cuando refiere su vida pública y privada: *Aceptó los honores como ciudadano, los mantuvo como sabio, y los dejó como héroe.* En



estas tres frases estan refundidas estas tres máximas: *El ciudadano debe servir á la patria: el sabio no se desvanece con las condecoraciones; y el héroe huye de ellas.* — Hablando del gran Ministro Sully cuando se retiró de la Corte en medio de los desórdenes del reino, añade otro: *Y no pudiendo impedir mas tiempo los males, no le quedaba otra gloria que la de no ser su cómplice.* Este mismo pensamiento puesto en la forma de una sentencia ó aviso directo, diria así: *El que no puede impedir los males, no los consiente.*

# PARTE TERCERA.

## DE LA EXORNACION ORATORIA.

Llaman exornacion los retóricos aquella compostura formada de los colores de los tropos y lumbres de las figuras, que ilustran y enriquecen la oracion. Pero estos ornatos se han de usar donde los pidan el lugar y la materia, y han de parecer nacidos para dar colorido y luz al lugar donde se aplican. Las traslaciones y figuras han de estar colocadas de suerte que por ellas no se pierda la inteligencia del discurso, ni tampoco por demasiado esquisitas aféen la pureza y hermosura de la elocucion. Así, diráse con mucha verdad que cuando el orador piensa mas en los atavíos que en las cosas, prefiere su propio aplauso á la bondad, importancia y grandeza de su causa, que es lo que interesa á los oyentes, y ha de captar su benevolencia. Muy lejos de ganarles el ánimo con este estudio y presuncion ¿cómo podrá persuadir á los otros el que se acuerda tanto de sí

mismo? Si cuando el orador escribe ó compone, premedita los *tropos* y *figuras*, escogiéndolos como entre las flores de un prado, no podrá ocultar el esmero y el apetito anticipado de tan afectadas galas. Deben estas vestir ciertos miembros del cuerpo de la oracion, como si nacieran de ellos; de suerte si puede ser, que hagan dudar, si el sentido y espíritu de la composicion dá el ornato, ó lo recibe. Al orador y al buen escritor se le han de caer, por decirlo así, estos adornos de la pluma, sin advertirlo, y mucho menos buscarlo: solo una especie de instinto oratorio, hijo de un continuo egercicio y de la familiaridad con buenos modelos, puede producir este tino, esta gracia, esta facilidad de convertir lo que es verdadero artificio en lo que parece naturaleza.

## ARTICULO I.

### DEL ESTILO FIGURADO.

Aunque cada una de las cosas tiene su nombre propio, son mas las que han de significar que las palabras. Y como estas son notas ó señales de aquellos objetos que concebimos en el ánimo; si no percibimos su fuerza, no alcanzamos el sentido que se esprime en ellas. Estas, ó son propias, ó agenas: las primeras se hallaron por necesidad para dar nombre á las cosas sujetas á los sentidos, y las segundas por ornato, mudando su propia significacion en otra que llamaron los griegos *metáforas* y los latinos *traslaciones*.

Pero no fué, ni es siempre, el ornato, el fin primario del uso de las palabras traslaticias. Como todos los idiomas poseen un muy corto número de vocablos que puedan tomarse en sentido propio, y estos solo señalen objetos materiales; luego que los hombres quisieron pasar mas adelante, y representar sus conceptos en órden á los objetos morales, intelectuales, y abstractos, que no caen en nuestros sentidos esteriores; fué ya necesario apelar á un artificio, para que los entes sensibles ó físicos viniesen en ayuda de los espirituales y metafísicos. Desde entonces se introdujo el lenguage figurado; y todas las voces que representaban entes corpóreos en el sentido propio y recto, representaban igualmente entes no materiales en un sentido de comparacion y semejanza, y con tal propiedad, que el conocimiento del uno llevase necesariamente al conocimiento del otro: desde entonces la *flor* de las plantas pasó á ser *flor* de la juventud, y el *báculo* del pastor *báculo* de la vejez.



De esta necesidad provino, que nuestros idiomas abundan de un grandísimo número de términos, y locuciones figuradas, metafóricas y emblemáticas, y de circunloquios simbólicos. Y nunca se siente mejor la energía de una espresion figurada sino cuando se compara este sentido, digamos artificial, con el propio y natural.

Pero como los hombres vivimos ya acostumbrados á usar las figuras, que nos dejaron nuestros abuelos, jamas nos hemos dedicado á examinarlas ni á compararlas con su sentido literal. Solo las lenguas orientales nos conmueven la fantasía, y nos escitan esta curiosidad, porque sus figuras asombran nuestra imaginacion, por hallarlas casi siempre fuera del órden y de los términos de la naturaleza, y es tan natural al hombre de todos los paises, al culto y al inculto, este len-

guage figurado, con mas ó menos templanza segun el clima y género de vida, que en nuestras conversaciones y trato comun sembramos metáforas é imágenes á manos llenas, sin advertirlo.

De esta primera necesidad, y despues hábito, del lenguage figurado, sacaron luego los retóricos uno de los mas ilustres ornatos de la elocuencia, reduciéndolo á arte, esto es, señalando límites y reglas á la imaginacion inculta y derramada, para que no canse al oyente con la profusion de vanas palabras, ni oscurezca la inteligencia de las sentencias con rodeos hiperbólicos y enigmáticos.

Cuando el que habla ó escribe pretende tratar las cosas llana, clara, y usadamente, debe seguir el órden de las palabras en su sentido propio y simple; y no le cabe pequeña gloria si espresa las cosas abiertamente, y con aquella naturalidad y brevedad que forman el estilo sencillo sin arreos prestados. Mas, cuando el asunto y el fin del orador ó escritor piden, por sus circunstancias, mover, persuadir, deleitar los ánimos; entonces la elocuencia sabe realzar con el arte á la naturaleza, escogiendo lo mas vivo y florido de ella para dar cuerpo, alma, y color al pensamiento. Las voces agenas y trasladadas parecen siempre mas magníficas y vivas que las propias; y agradan mas si son usadas con discrecion y juicio; porque es esfuerzo y gloria del ingenio hacer de lo que ántes fué necesidad entre los hombres una virtud del estilo oratorio, traspasando las cosas que traemos entre los pies, y sirviéndonos de las remotas y peregrinas. Y aunque el oyente va llevado con la imaginacion y el pensamiento á otra parte, no yerra el camino, ni se desvia, porque toda figura que va guiada por alguna razon, se



acerca y llega á los sentidos, pues son deducidas de ellos: como el *olor* de santidad, que sale y vuelve al olfato; la *blandura* del corazon, al tacto; el *murmullo* de las fuentes, al oido; la *dulzura* de la voz, al gusto; el *resplandor* de las virtudes, á la vista. Las imágenes sacadas de este último sentido son ya de mayor energía y eficacia, porque hace mas impresion lo que se ve que lo que se oye, pues se pone casi en la presencia del ánimo lo que no pudimos mirar ni ver.

El lenguage figurado, no solo es mas enérgico, sino tambien mas claro en cuanto la figura ó imágen de la cosa representada no es equívoca, pues siempre conviene al objeto de tal manera, que no puede convenir á otro; cuando, al contrario, pueden ser equívocas las palabras abstractas por constar de sonidos tomados por general consentimiento en diferentes sentidos y acepciones.

Por otra parte la locucion figurada se refiere derecha é inmediatamente al objeto que se pinta, y esta relacion está siempre entre la cosa y la palabra que la señala. En la locucion propia y sencilla, al contrario, la relacion está siempre entre el signo y el sonido de la voz; y en semejante lenguage el objeto dista siempre mucho del entendimiento, porque las palabras llaman nuestra atencion con su sonido antes que con la cosa que representan, ó la imágen de ella. Cuando representamos las calidades morales por medio de calidades físicas, hace nuestro discurso un acto solo; mas, si las representamos con abstracciones, hace dos. Decimos: *hombre sin entrañas* por hombre sin compasion: *hombre desenguado* por hombre maldiciente: *hombre de dos caras* por hombre falso.

No podemos negar que es tal el embeleso que tiene el lenguage figurado, que no hay quien pueda resistir á su deleite; pero tambien se ha de tener presente que, ni la prosa es pintura como la poesía, ni el orador pintor como el poeta, á quien la filosofía da licencia para personificar todos los entes de la naturaleza, usando de aquel lenguage animado, pintoresco y alegórico que fué el primer idioma de los humanos. Pero la prosa es mas cuerda y mesurada, y no admite sino en ciertos casos, ó para variar ó para vestir la desnudez de la verdad y de la razon con honesto y gracioso ropage, este estilo figurado, porque ha de haber modo en el uso, que es en todas cosas singular virtud. Y como en la composicion de este estilo entran los que llamamos *tropos*, ó para mayor espresion de nuestros pensamientos y afectos, ó por acrecentamiento de la oracion, ó para huir la torpeza ó malsonancia de algunos términos propios, ó para amenizar la sequedad del habla comun; tratarémos de cada uno de ellos en particular.

## ARTICULO II.

### DE LOS TROPOS Ó TRASLACIONES.

Son los *tropos* unos modos figurados de hablar, por los cuales se aplica á una palabra un sentido que no es rigurosamente el suyo propio. Estas figuras se llaman *tropos* del griego *trope*, que vale lo mismo que vuelta ó conversion; pues cuando usamos de un término en acepcion figurada le volvemos, digamoslo así, para hacerle significar lo que no significaba en su sentido recto. *Vela*



en su sentido propio no significa *embarcacion*, pues solo es una parte de ella; y sin embargo decimos una *flota de cien velas* por decir de cien navíos, tomando la parte por el todo.

Uso y efectos de los tropos. — Uno de los efectos mas sensibles y mas frecuentes de los tropos es de despertar una idea principal por medio de otra accesoria. Por eso decimos *cien fuegos* por cien casas, *mil almas* por mil personas, el *acero* por la espada, las *armas* por la milicia, la *pluma* por el estilo, la *lengua* por el habla, la *garganta* por la voz, etc.

Los tropos dan mayor energía á la espresion del pensamiento. Así el que está vivamente impresionado de un objeto, pocas veces se esplica con sencillez, porque la idea que le ocupa se le presenta con las otras accesorias que la acompañan, y entonces se sirve del nombre de aquellas imágenes que le representan las cosas. Por eso recurrimus naturalmente á los tropos, con cuyo ausilio hacemos mas sensible á los otros lo que nosotros mismos sentimos. De aquí nacen estos modos de hablar: estar *inflamado de cólera*: estar *embriagado de deleites*: vivir *encenegado en el vicio*: *desdorar su fama*: *despeñarse á un abismo de miserias*: *no conocer la cara al miedo*, etc.

Los tropos dan hermosura y gracia á la oracion, porque como sus espresiones vienen á ser otras tantas *imágenes*, divierten y halagan el ánimo del oyente. Tambien le dan mayor nobleza; por cuanto las ideas á que estamos acostumbrados en el trato comun, no pueden escitar aquella impresion de admiracion que arroba al espíritu. En estos casos recurrimos á las ideas acceso-